

HENRY KISSINGER: "MIS MEMORIAS" (VOLUMEN II).

Frío, calculador, analítico, Henry Kissinger ha sido una de las personalidades más importantes en la dirección de la política exterior de Estados Unidos. Hombre de Harvard, provocó un cierto escándalo entre sus colegas al aceptar ser asesor de Seguridad Nacional de un presidente repudiado por los académicos de la costa Este; y, desde el Consejo Nacional de Seguridad y, más adelante, desde la Secretaría de Estado, sorprendió al mundo.

En efecto, sorpresa fue, para la mayoría, que un presidente conservador como Nixon viajara a China e iniciara la retirada de Viet-Nam; espectacular fue la diplomacia directa aplicada en varias ocasiones; no prevista por muchos fue la detente con el bloque soviético. Al lado de ello existe un aspecto siniestro: Kampuchea; los bombardeos de Indochina; la desestabilización de la democracia chilena; el apoyo a crueles dictaduras del Tercer Mundo.

Kissinger es no sólo un hombre del sistema, sino que pertenece al sector conservador. Es, sin embargo, un conservador realista, por tanto ve al mundo tal y como es, no se auto-engaña. Kissinger no duda en hablar de Tercer Mundo (concepto repudiado por nuestra obtusa derecha), en reconocer a China, por más comunista que sea, porque entiende que existen diferencias con la URSS y que el factor nacional pesa más que la ideología.

Tampoco Kissinger se niega a aceptar la realidad compleja de muchas regiones del Tercer Mundo; su actitud frente a Assad o Boumedienne y la forma en que encaró las negociaciones en el Medio Oriente, lo confirman.

"Mis Memorias" expresa el punto de vista del ex-Secretario de Estado y, lógicamente, el autor se empeña en defender su gestión; las autocríticas son escasas, pues como anotaba uno de sus críticos, en "Le Monde", "su soberbia es legendaria".

El equilibrio de poder, las alianzas, la geopolítica son las obsesiones de Kissinger. En su obra no hay análisis que destaquen los aspectos económicos y sociales; tampoco los países o regiones son intere-

santes en sí mismos y, dentro de esta perspectiva, América Latina es la gran ausente. Sólo Chile merece un análisis (uno de los puntos más pobres de la obra) en gran medida por el desafío que significó Salvador Allende y por las acusaciones lanzadas contra Kissinger debido a su participación en el tristemente célebre "Comité 40".

El segundo volumen trata del período en que Kissinger llega a Secretario de Estado. La Administración Nixon se hallaba en una situación difícil, la sombra de Watergate se extendía invadiéndolo todo, la presidencia era cada día más débil, el Congreso se oponía en forma cada vez más sistemática y los adversarios de EE.UU. en el exterior no podían dejar de percibir esta realidad ni de obrar en consecuencia.

Aspectos Globales

Nixon ingresó en la Casa Blanca en 1969 en un momento difícil. En efecto, los EE.UU. se hallaban empantanados en Viet-Nam, los efectos internos del conflicto eran cada vez más serios y muchos aliados de Norteamérica se negaban a respaldar esa guerra; el poderío militar soviético era creciente, disminuyendo rápidamente la ventaja norteamericana; De Gaulle y Brandt rompían la sumisión a EE.UU. que caracterizó a la Europa posterior a 1945; China incrementaba su poderío militar; la Unión Soviética influía a importantes países árabes (Egipto, Siria, Irak) y la posibilidad de una nueva guerra era algo cercano en el Medio Oriente.

La profundidad del conflicto entre China y la URSS (visible por los enfrentamientos en la frontera) llevó a una política norteamericana de apertura a China, en la cual Kissinger tuvo un rol fundamental.

El objetivo básico era reconocer la realidad que significa China, introducirla en el mundo de las relaciones internacionales y utilizar la "carta china" como un elemento para presionar a la dirigencia soviética.

Un segundo objetivo era la detente. El sentido de ésta no era la eliminación del conflicto, sino la búsqueda de una relación pacífica y coordinada entre rivales. Kissinger señala que la detente favorecía

a Occidente porque el capitalismo desarrollado es superior al "socialismo real" en creatividad tecnológica e intelectual, en nivel de vida y consumo, en libertad y respeto a los Derechos Humanos; por tanto, el incremento de los contactos afectaría a las rígidas y espartanas sociedades del Este.

De otro lado, señala Kissinger, la detente no puede ser una "vía de un sentido". Es evidente que los soviéticos deben ser "estimulados" al "buen comportamiento" y que, en caso de una actitud agresiva, los créditos, aportes tecnológicos y el comercio deben ser restringidos.

El autor sostiene que los soviéticos han tenido un vivo interés en la detente y que por ello recibieron a Nixon mientras los B-52 asolaban Viet-Nam del Norte y tuvieron un comportamiento cauto durante la guerra del Yon Kippur.

Un tercer objetivo era el diálogo con Europa para coordinar políticas. En efecto, una Europa más próspera y segura de sí no se limitaba a aceptar el liderazgo norteamericano y, por ello, se hacía necesaria una política conjunta. En este campo los norteamericanos se estrellaron con la decisión francesa de resistir el poder de la superpotencia de Occidente; tanto De Gaulle como Pompidou y Jobert (canciller de este último) hicieron lo imposible por frenar la influencia de EE.UU.

La renuncia de Brandt, la muerte de Pompidou y la derrota electoral de Heath mejoró el panorama para EE.UU. En efecto, los nuevos gobernantes de Alemania y Francia eran más comprensivos frente a Norteamérica y, en el caso de la Gran Bretaña, Kissinger señala que las cosas iban mejor con los laboristas¹.

Con referencia a Viet-Nam, era necesaria una "paz con honor". Había que negociar con Viet-Nam del Norte y retirar las tropas, pero de ninguna manera hacerlo en forma precipitada. Norteamérica no podía perder la credibilidad, de allí la combinación de negociaciones con bombardeos; de retiradas de tropas con minado de puertos.

Kissinger afirma que la derrota total que sufrieron EE.UU. y sus aliados en Indochina se debió a la actitud del Congreso, el cual impidió las acciones militares destina-

das a lograr que los vietnamitas del norte y los secuaces de Pol-Pot, entendieran que era necesario negociar en serio. Cuando los adversarios de EE.UU. supieron que el Congreso había atado las manos de Nixon "se burlaron" de los acuerdos.

El Medio Oriente

En 1967 Israel había aplastado a los ejércitos árabes, sus fuerzas ocupaban el Golán, parte de Jordania y Gaza, llegando al Canal de Suez. El desarraigo palestino se había multiplicado, la radicalización era creciente, la paz estaba muy lejana y la influencia soviética era muy grande.

Egipto y Siria eran aliados de los soviéticos; Israel de los EE.UU.; Irak amigo de la URSS, Arabia Saudita y Jordania de los norteamericanos. Más allá, Irán era uno de los pilares de la política norteamericana en la zona; Libia se inclinaba hacia el "radicalismo" y Argelia era un país revolucionario y militante.

Norteamérica apoyaba a Israel, pero no podía hacerlo incondicionalmente, ni aceptar en su integridad, la política de Israel. La razón era simple: era imposible dejar a los árabes en manos de los soviéticos, cosa que ocurriría si EE.UU. daba un apoyo total a Israel.

Norteamérica tenía que dar ayuda y amistad a los árabes "moderados" y debía demostrar que la actitud pro-occidental genera beneficios. En 1969 ello no estaba claro; Israel había vencido, ocupaba territorios de sus vecinos y contaba con el respaldo norteamericano.

Egipto y Siria tenían el respaldo militar y político de la Unión Soviética y los choques armados eran algo permanente. EE.UU. necesitaba jugar con mucha sutileza para mostrar que ellos tenían la llave de la paz y de un arreglo digno.

Para ello, lo primero que tenía que ser demostrado era la imposibilidad absoluta de una salida militar. En efecto, los gobernantes árabes debían entender que Israel no podía ser vencido y, en la remota posibilidad de que eso amenazara con ocurrir, EE.UU. lo impediría. Si la vía militar estaba cerrada, sólo existía un camino: la negociación.

Cuando los árabes entendieran esto, dice Kissinger, se darían cuenta de que sólo EE.UU. tenía la posibilidad de hacer ceder a esos increíblemente testarudos hebreos. Los soviéticos habían roto relaciones con Israel y su influencia sobre este país era nula.

Kissinger señala que para que esta lógica diera sus frutos era necesario dejar que pasara el tiempo. A principios de los 70 Anwar Sadat empezó a comprender y trabajó una brillante estrategia en ese sentido. Para el autor Sadat es uno de los políticos más brillantes que ha conocido la simpatía y aún la admiración con que lo presenta, contrasta con el casi desdén con que se expresa al hablar de la mayor parte de los políticos israelíes.

Dice Kissinger que, antes de que los norteamericanos lo imaginaran, Sadat hizo un plan político brillante. En primer lugar, debía ir a la guerra, no para ganarla (sabía que era imposible), sino para "lavar el honor" de su país, para elevar la moral de los egipcios y los árabes, porque era imposible negociar luego de una derrota aplastante.

Se trataba de luchar, de llegar a una especie de empate, aceptar un cese de fuego y, en mejores condiciones psicológicas, iniciar el proceso de paz. Había que hacer la guerra con armas soviéticas, pero luego acercarse a EE.UU. y lograr que esta potencia presione a Israel para que ceda. Sadat sabía que para Norteamérica, Egipto era importante y, por tanto, no perjudicaría sus intereses por favorecer la terquedad de Israel.

Dice el autor que "en Sadat la astucia se disfrazaba de ingenuidad" y, fiel a su estilo, el presidente egipcio comenzó a clamar por una guerra; lo hizo tantas veces, en tantas ocasiones que, al final, Israel descuidó la vigilancia. El 6 de octubre de 1973, Yon-Kippur, fiesta judía del perdón, cuando Israel estaba paralizado, las tropas egipcias, en un bien planeado operativo, cruzaron el canal de Suez. Paralelamente, los sirios atacaban en las colinas de Golán.

La Sorpresa de la Guerra

6.15 a.m.: el Secretario de Estado

dormía profundamente en su departamento de Nueva York cuando fue despertado por uno de sus subordinados quien le comunicó la inminencia del conflicto. Los dirigentes de las FF.AA., el director de la CIA y la mayor parte de los funcionarios del Departamento de Estado opinaban que Israel era el probable atacante, pues nadie imaginaba la compleja estrategia de Sadat y muy pocos pensaban que los árabes iniciarían una guerra sin posibilidades de victoria.

Para Norteamérica lo primero, en esa coyuntura, era impedir la victoria "de las armas soviéticas", como lo repite el autor a lo largo de su obra, y, por tanto, se hacía necesario apoyar a Israel para moderarlo luego. En efecto, si los árabes apoyados por la URSS ganaban, no sólo "se tornarían aún más intratables (p. 400) sino que los soviéticos ganarían una gran influencia en la región; los gobiernos moderados serían desestabilizados, Israel humillado y los "radicales" y "pro-soviéticos" estarían cerca de controlar una región vital para la seguridad del Primer Mundo.

Pero tampoco era conveniente que los árabes fueran nuevamente aplastados y humillados; el resentimiento conduce al radicalismo, de modo tal que era fundamental, para EE.UU., que Israel repeliera el ataque y que, de allí en adelante se impusiera un cese de fuego. De este modo Israel sabría que, en el momento de mayor peligro, tuvo el respaldo norteamericano y ello le daría a EE.UU. la posibilidad de influir para moderar la actitud intransigente de Israel.

Estas ideas guiaron las acciones de EE.UU. En primer lugar, los contactos con los soviéticos para evitar la participación directa de las super-potencias y discutir la posibilidad de un cese de fuego; luego, cuando se hizo claro que la situación de Israel era muy difícil, la instalación de un puente aéreo que rivalizó con el de los soviéticos y, más adelante, cuando Israel cruzó el canal, los esfuerzos para detener la guerra.

Luego del 10 de octubre, se hizo claro que los israelíes habían tenido pérdidas muy graves, alrededor de 500 tanques (400 de ellos en el frente egipcio) y casi 50 aviones, éste hecho generó un gran te-

mor y acentuó la sensación de inseguridad de Israel. En esas circunstancias EE.UU. se decidió (contra la opinión de algunos sectores) por el puente aéreo tratando de que sea más completo que el que los soviéticos estaban llevando a cabo.

Mientras estos hechos ocurrían, el líder de la OLP Yasser Arafat se dirigió a los EE.UU. manifestando que los israelíes tenían 99% de posibilidades de triunfar, que el apoyo militar del puente aéreo no era necesario y que Norteamérica debería preparar las condiciones para una paz justa.

El 15 de octubre la guerra dio un vuelco. Las tropas egipcias salieron de la protección de sus misiles anti-aéreos lo cual facilitó las acciones de la fuerza aérea de Israel, la cual atacó con furia a los blindados egipcios. Poco después la ofensiva árabe era contenida y, más adelante, los israelíes cruzaban el canal de Suez, iniciando el cerco del Tercer Ejército egipcio.

A partir de ese instante ninguna super-potencia tenía interés en que la guerra continuara. Kissinger viajó a Moscú, invitado por Brezhnev, quien propuso una especie de paz soviético-norteamericana. Kissinger no aceptó, ese no era su juego, pero se comprometió a apoyar un cese de fuego.

En ese momento ya existían las primeras comunicaciones entre Egipto y EE.UU. (países que no tenían relaciones diplomáticas) y, lo que menos deseaba Kissinger era el aplastamiento de Egipto. Israel se había salvado; los árabes estaban entendiendo que la vía militar y el apoyo soviético, no llevaban al triunfo; ahora venía una nueva etapa. El problema era que Israel lo comprendiera.

Israel, los Arabes y la Paz

La guerra no podía seguir. Kissinger llegó de Moscú con este mensaje a un Israel atormentado y lleno de premoniciones trágicas. Pese a su origen judío, o quizá por ello, el autor observa con gran sentido crítico la política de Israel y aun cuando no lo dice en forma explícita, resulta evidente de la lectura de su libro que, en muchas ocasiones, se sintió irritado por la miopía, testarudez y falta de sentido político de los

dirigentes de Israel.

"Una de las ironías de la historia de Israel es que un pueblo a menudo perseguido por su condición de cosmopolita y excesivamente intelectual, ha creado un nuevo tipo de líder: el héroe-campesino enraizado en la tierra, realista, sin la carga de una imaginación excesiva, un pionero que defiende cada centímetro de sus adquisiciones como si la diplomacia fuera otra forma de guerra" (p. 472).

A esta falta de imaginación (y de sutileza como lo hace notar en otras partes) se suma una sensación de debilidad que se acrecentó en 1973. En efecto, los israelíes saben, en su fuero íntimo, que el tiempo está contra ellos, que jamás podrán derrotar a los árabes en forma total, en cambio, viven con el temor a una derrota definitiva, recordando su pasado trágico y desconfiando de sus aliados.

En 1973 terminó el mito del Israel invencible. Los dos mil muertos de esa guerra, en un país que tiene menos habitantes que la mitad de El Cairo, y, la lógica sensación de temor los hizo más duros.

En efecto, durante largos años los árabes no quisieron negociar e Israel planteaba la negociación como meta; en 1973, cuando llegó la hora de poner en práctica ese deseo manifiesto, los israelíes estaban de inseguridad, lo que se expresaba en actitudes implacables e impolíticas.

La más notable de ellas se dio en torno al Tercer Ejército egipcio, cercado en el Sinaí. Kissinger les explicó su política, les señaló que Sadat estaba en contacto con EE.UU., que había expresado intenciones moderadas, que podría distanciarse de la URSS, que era una oportunidad para la paz y que, por todo lo anterior, no era lógico humillar a Egipto aplastando al Tercer Ejército o cercándolo para que se rinda por hambre y sed.

Los días 24 y 25 de octubre Israel continuó acciones militares contra el Tercer Ejército, alegando operaciones defensivas, cosa que Kissinger considera como una falsedad evidente. La Unión Soviética reacciona con indignación poniendo en alerta su flota y varias divisiones aerotransportadas; enterado de estos hechos, Kissinger le dice al Embajador de Israel que los ataques de-

ben cesar, que hay límites en lo que es posible hacer, siendo absurdo pretender dejar a los dirigentes de una superpotencia "como idiotas" (p. 484).

Brezhnev se dirige a Nixon señalando que EE.UU. puede impedir que Israel se burle de un cese de fuego patrocinado por las dos superpotencias, y Sadat pide que EE.UU. y la URSS intervengan para obligar a Israel a respetar el cese de fuego. Los israelíes, en el plano diplomático, proponen una retirada de ambas partes a 10 Km. del Canal; para Kissinger esa propuesta carecía de valor pues Sadat "la consideraría un insulto" (p. 493).

La tensión era grande; ambas superpotencias tenían a sus FF.AA. en estado de alerta, cuando Egipto retira el pedido de intervención soviético-norteamericano, pidiendo una simple supervisión internacional. El Consejo de Seguridad aprueba la resolución 340 que implementaba el cese de fuego. La tensión debía bajar, pero Israel mantenía cerradas, con diversos pretextos, la ruta de abastecimiento del Tercer Ejército.

El autor señala en forma tajante: "nuestros intereses no permitían la destrucción del Tercer Ejército" (p. 498), pues ello llevaría al derrocamiento de Sadat, a que el mundo árabe en su integridad se volcara contra Estados Unidos y, consecuentemente, a fortalecer la política soviética en la región. Sin embargo, los dirigentes de Israel no entendían nada de esto, no comprendían que su supervivencia se hallaba ligada a la fuerza de su único aliado y protector; carente de visión profunda los líderes de Israel sólo querían humillar a los árabes.

Kissinger señala que Israel estaba guiado por el rencor, la sed de venganza, el afán de reconquistar su fama de invencible; pero EE.UU. no podía permitirle su capricho. "Mi responsabilidad era la de Secretario de Estado de EE.UU. y no la de psiquiatra del gobierno de Israel" (p. 510), señala el autor en forma tajante.

El Secretario de Estado llamó al embajador Dimitz y le señaló que la opción de humillar a los egipcios, obligando al Tercer Ejército a la rendición, no existe; no era posible permitir la destrucción de ese ejército y, en la forma más dura le dijo a Di-

mitz que si no cesan los ataques se les obligará a concluirlos y si no permiten el abastecimiento de los árabes, EE.UU. apoyará una resolución de cumplimiento obligatorio de las anteriores decisiones del Consejo de Seguridad.

Cada vez que Kissinger llegó a Israel se encontró con gentes que de muy mala gana aceptaban ceder, que generaban problemas por asuntos nimios, que carecían de una visión de largo plazo, buscaban para sí todas las ventajas. "Los niños del gethó contribuían a su propia pesadilla. Su estado estaba cerrado en sí mismo" (p. 660).

Muy distinta es la impresión que el autor ofrece de los egipcios. En primer lugar Sadat es presentado como un gran estadista, uno de los políticos más brillantes que Kissinger conociera, sólo De Gaulle y Chou-En Lai aparecen a su nivel.

Cuando los norteamericanos escucharon hablar de Sadat, pensaron que sería uno más de esos "volátiles" líderes del convulso panorama del Tercer Mundo; pero Kissinger añade que, desde el instante en que lo conoció, entendió que se trataba de un gran hombre, al lado del cual "tuve el honor de trabajar" (p. 540), idea que ratificó en Lima, cuando en un coloquio en la Academia Diplomática, nos manifestó que él sentía que el destino lo había honrado al haberle permitido disfrutar de la amistad de un hombre como Sadat.

Sadat no negociaba mezquinamente, sabía ceder aun cuando fuera duro hacerlo, porque miraba los objetivos mayores y, para el autor, allí está la diferencia entre los grandes estadistas y los políticos comunes.

Antes de Sadat, el mundo árabe estaba paralizado por la retórica incendiaria que ningún fruto había dado. Sadat se aventuró por un camino nuevo, lleno de riesgos porque significaba desafiar las convenciones y herir las profundas pasiones y los grandes odios que consumen a esa castigada región.

Al lado de Sadat, el autor nos presenta una imagen muy positiva del canciller egipcio Ismail Fahmi y del general Gamasi, arquitecto de la maniobra del cruce del Canal, quien, ante la oferta del Secre-

tario de Estado de entregarle, por escrito, sus compromisos, le respondió: "tengo su palabra".

Luego, cuando el Secretario de Estado inició las negociaciones con Siria, cuyo gobierno "radical" jamás volvió al redil occidental, Kissinger no dejó de mencionar elogios o de señalar virtudes en los dirigentes sirios Affed Assad y el canciller Abdal-Halim-Khaddam, hacia quienes expresa respeto.

Durante el "torbellino sirio" Kissinger describe la falta de sentido político de los dirigentes israelíes al relatar cómo éstos le pidieron un compromiso formal de Siria, en el sentido de que no admitirán acciones terroristas desde su territorio. Assad señaló que no las permitirían, pero que no podían decirlo públicamente, dado el efecto que ello tendría en los palestinos; Kissinger quedó conforme, pero no ocurrió esto con Golda Meier, de modo que EE.UU. tuvo que comprometerse a apoyar cualquier represalia israelí en caso de algún ataque; tras alguna presión, Israel aceptó. Siria no obtuvo nada.

Para el autor el factor psicológico tiene gran importancia, y cita la frase de Assad: "A nuestro pueblo se lo ha alimentado con odio los últimos 26 años; no se le puede exigir que cambie de la noche a la mañana".

Para Kissinger, los sirios y los israelíes se parecen en su desconfianza y los temores disfrazados de dureza. Israel tenía una terca y heroica voluntad de perdurar; Assad "me inspiró gran respeto" (p. 622), entre otras cosas porque "no era servil a los rusos" (p. 622). A diferencia de Sadat, Assad se mostraba menos seguro al tener que tomar decisiones audaces y, luego de conversarlas con Kissinger, hacía ingresar a ministros y jefes militares para que el Secretario repita sus argumentos y queden claras las razones de una decisión.

Las consecuencias

El autor señala que la agilidad de la diplomacia norteamericana y el hecho de poder hablar con árabes e israelíes, le permitió a EE.UU. tomar ventaja sobre los soviéticos. También jugó su papel, la detente,

puesto que la URSS se inhibió de tomar actitudes más fuertes para no enturbiar un proceso en el que estaba interesada.

En este punto Kissinger responde a los enemigos derechistas de la detente que los soviéticos, incluso, trataron de moderar tanto a los árabes que generaron su resentimiento, favoreciendo así el avance norteamericano. Justamente, para Kissinger el avance de EE.UU. en esta región tan importante constituye una refutación al "frívolo lema" que la detente es "una vía de un solo sentido".

En una etapa de abierta confrontación, la amenaza de un conflicto, aún limitado, hubiera contenido a los EE.UU. y el statu quo se hubiera mantenido con modificaciones muy leves. En plena detente, los soviéticos no quisieron jugarse y los norteamericanos actuaron teniendo este hecho muy claro.

Sin embargo, una vez ganados algunos puntos EE.UU. buscó impedir que los soviéticos se sintieran humillados. Esta es una razón más de las presiones sobre Israel.

El viraje de Egipto y el inicio del proceso que culminaría en Camp-Davis, es la herencia más importante de ese período. Pero al lado de los hechos político-diplomáticos, más allá de las maniobras de las superpotencias, esa guerra sacó a la luz un nuevo fenómeno cuya importancia es resaltada por el autor como una "revolución": el gesto de la OPEP.

En efecto, en los primeros años de la década de 1970, el nacionalismo de los exportadores de petróleo se había incrementado y los gobiernos buscaban hacer crecer su participación empresarial y subir el precio. Para Kissinger este proceso no fue comprendido en el mundo desarrollado pero, visto desde hoy era claro que llevaba a que las compañías se convirtieran en simples agentes de los gobiernos productores y, lo que es grave para el autor, en instrumentos al servicio de intereses que no necesariamente coincidían con los países del Primer Mundo.

En 1969 el Rey Idriss de Libia fue derrocado por el coronel Muhamar Khadafi y, a partir de allí se hizo más fuerte el "acoso" a las compañías. Pronto los demás productores empezaron a seguir el ejemplo

libio buscando más participación y precios mayores. Entre tanto, los países consumidores no hacían nada.

La guerra provocó el embargo y éste generó un gran pánico en Europa. Los europeos empezaron a tomar actitudes discrepantes de EE.UU., situación aprovechada por Francia para empujar a Europa hacia una postura más independiente de Norteamérica.

EE.UU. no debía ceder ante la presión de la OPEP. El autor señala que él impulsó una línea que trataba de mostrar a los árabes que el fin del embargo sería un prerequisite para que se obtuvieran progresos en el camino hacia la paz. El embargo fue levantado y la política norteamericana siguió su rumbo, pero la situación internacional ya no sería la misma.

Kissinger señala que la enorme riqueza recibida aceleró la historia en sociedades subdesarrolladas, llevándolas a cambios muy rápidos que pueden generar verdaderas catástrofes si no se mantiene el equilibrio entre tradición y modernismo. El Sha no fue derrocado por "reaccionario" ni por "corrupto", sino por haber acelerado demasiado la modernización chocando con la tradición y generando una reacción básicamente conservadora.

Por último, hay una situación que Kissinger lamenta. El Rey Hussein es un aliado y amigo de Occidente, un moderado que, en la guerra de 1973 se mantuvo neutral. Su moderación debía ser premiada, ello favorecería a EE.UU. y, de otro lado, a Israel porque podría enfrentar en mejores condiciones el problema palestino.

El autor señala que le advirtió a los israelíes, pero que éstos, agobiados por las negociaciones con Egipto y Siria, no hicieron nada. Esto constituyó un error irremediable porque más adelante la OLP y Aráfat ganaron legitimidad.

Por último, el autor señala que el

trabajo de esos años fue doblemente complicado debido a que la presidencia se desmorona con las nuevas revelaciones en torno al caso Watergate. El resultado en el plano interno era que el trabajo era incomprendido y la seguridad del país empezaba a peligrar debido a que todos aquellos que habían hecho profesión de fe del odio a Nixon estaban tan encerrados en ese tema que eran incapaces de entender los grandes problemas internacionales.

Al pasar los días, la situación llegó a un grado tal que todas las personas responsables empezaron a desear la renuncia presidencial. Justamente, cuando los hombres de confianza de Nixon estaban en desgracia y cuando los únicos logros de la Administración se daban en la arena internacional, la influencia de Kissinger sobre el presidente creció y ello explica aquellas increíbles conversaciones, incluyendo aquella en que Nixon, olvidando que Kissinger no era cristiano, le pidió que rezara a su lado.

El autor trata de explicar la compleja personalidad de Nixon, su estilo retorcido, su inseguridad, sus complejos y su perspicacia para lo internacional. También trata de demostrar que él estuvo al margen de las maniobras presidenciales y de todo ese asunto sórdido, y, que, en una situación difícil, la labor de Kissinger era mantener el país en marcha.

Un libro de esta naturaleza no es un análisis de hechos sino la presentación de un punto de vista de la perspectiva de uno de los hombres que ha hecho historia. En este sentido es importante conocerlo, su lectura nos enseña mucho sobre la mentalidad de quienes gobiernan EE.UU. y sobre su estilo de trabajo. Sólo estos hechos, sin contar la masa de información que aparece, justifica la lectura de la obra que comentamos.

César Arias Quincot

(1) Cosa que puede parecer extraña, pero Kissinger señala que los conservadores tenían el recuerdo de Suez y deseaban, ante todo, ingresar al Mercado Común, venciendo los problemas que Francia les ponía por ser demasiado "pro-norteamericanos".